

necesita un exámen profundo, lleno de buena fé y de mucha imparcialidad. Asi pues, para decidir la cuestion solo falta aplicar estas reglas á la práctica.

Y esta aplicacion es sumamente fácil. Fijad la atención sobre los países en que la Inquisicion se halla mejor establecida y es mas severa. ¿Observais desórdenes esenciales, errores ó malas costumbres en estos tribunales? ¿Veis en ellos la virtud oprimida y favorecido el vicio? ¿Temeis que un exceso de rigor dé al traste con la Religion y la humanidad á un mismo tiempo? Examinad los procesos y ved cuántos inocentes han sido condenados injustamente, notad de qué máximas eran acusados y qué profesion se les exige. Bajad á las prisiones, enumerad los tormentos y leed la lista de los desgraciados que perecieron violentamente. Y luego, tambien es necesario que conteis el número de vuestros conciudadanos que entraron en aquellas cárceles y no volvieron á salir; basta que preguntéis á algunos de los que salieron de ellas. Os lo repito: el exámen es muy fácil, porque se trata de hechos acaecidos á vuestra vista y en vuestro tiempo, de los que todo el mundo habla, y de que casi todos pueden ser testigos.

Si despues de este exámen notais que verdaderamente se han cometido abusos esenciales, os preguntaré si estos han acaecido generalmente en todas partes. ¿Me decís que no? Pues bien, entendámonos: separad lo bueno de lo malo. Y si el mal puede corregirse, si en su lugar puede establecerse el orden y la moderacion, ¿por qué no hacerlo antes de llegar al extremo de una destruccion ciega y precipitada?

Pero como quiera que sea, ¿me preguntareis cuál es mi opinion? ¿Debe suprimirse el tribunal de la Inquisicion, si ó no? Esta es la decision que hace tiempo esperarais con ardor é impaciencia. ¿Y me creéis capaz de decidir esta cuestion? Lo que yo podia hacer era enseñaros el camino que debiais seguir en este exámen; pero la decision solo es propia de un tribunal que me es infinitamente superior en luces y autoridad. No incumbe á un particular conocer la conducta intima del Santo Oficio, juzgar acerca de la utilidad ó perjuicio que de él puede resultar á la Religion, ni tantear los medios para corregir sus desórdenes. Para todo eso es menester una autoridad que pueda penetrar en lo interior de aquel tribunal, y una luz sobrenatural para apreciar lo que pueda ser ventajoso á la Religion. Un hombre desprovisto de esta autoridad y que no es llamado á ese empleo, está demasiado sujeto al error y al engaño. Es preciso someterse á los que Dios ha colocado para gobernar su Iglesia, y á quienes ha prometido su indefectible asistencia hasta la consumacion de los siglos. Es verdad que vosotros y yo podemos acercarnos á una decision exacta; pero si presumimos que nuestra decision es segura é inapelable, ¡ay! aun no hemos llegado á ser verdaderos filósofos, pues el primer paso en la carrera de la filosofia es el conocimiento de sí mismo y de sus propias fuerzas. El que no tiene este conocimiento primordial y necesario, está lleno de orgullo, de error y de ignorancia, y siendo ciego y convertido en guia de otros ciegos, arrastra temerariamente á sus semejantes al abismo de la presuncion y del error.

## ADICIONES

### AL LIBRO XXII DE ESTA HISTORIA.

#### acerca de la entrada y dominacion de los árabes en España (1).

Al narrar nuestro historiador la irrupcion de los árabes en España ofrecimos dar algunos mas pormenores que los que allí referian Berault y Henrion. Bien quisieramos poder formar una estensa disertacion acerca de este acontecimiento funesto; pero de una parte habríamos de estendernos mucho si hubiéramos de dar cuenta de lo que sobre el particular dicen los historiadores de nuestras cosas, y de otra aparecerian narraciones tan encontradas, opiniones tan diversas que nuestros lectores se quedarían tal vez al concluir la lectura mas confusos que al comenzarla. Parece desgracia que cuanto más importante es un periodo histórico mas suelen escasear los documentos y datos para formar acerca de él un juicio exacto. Hablando del que ahora nos ocupa dice un escritor de nuestro siglo, que en la turbacion de aquella crisis fatal parece no habia quien tuviese tiempo para anotar y trascribir los pormenores de acaecimientos tan interesantes, y en verdad que nada extraño es que asi sucediese; no estaban los ánimos para ocuparse en escribir. Nos ha parecido pues mas oportuno limitarnos á extraer lo mas notable que acerca de esta terrible catástrofe, una de las mas espantosas revoluciones que ha sufrido España, encontramos en nuestros historiadores; procuraremos evitar la difusion, si bien habremos de estendernos algo mas que lo que hubieran permitido en su lugar oportuno los límites de una no-

ta despues de las que ya llevábam puestas-

En una de ellas y con referencia al P. Mariana hablamos de los excesos y abusos de que se acusaba á Witiza, del castigo que se dice haber impuesto este á Teodofredo, padre de Rodrigo, y á Favila, padre de Pelayo, y por último de la conjuracion formada contra Witiza que produjo su destronamiento y la elevacion de Rodrigo al trono. No todos los historiadores convienen en acriminar así á Witiza, y aun el sábio D. Gregorio de Mayans y Ciscar no contento con vindicar su memoria le representa como un monarca justo y benéfico. Oigamos cómo sobre el particular se espresa Masdeu en el tomo primero de su España árabe:

Proporcion hubieron de tener sin duda los moros y muy favorables circunstancias para emprender la conquista de un reino tan floreciente como era el de los godos. Pero ¿quién podrá decir cuanto se ha mentado en esto, para dar alguna verosimilitud á una empresa que, siendo difícilísima y del mayor empeño, se ejecutó sin embargo con prontitud maravillosa y facilidad increíble? Hacén algunos un retrato tan lastimoso de nuestra nacion y de su rey Witiza, que en lugar de causar espanto su ruina, debiera mirarse como una obra de la justicia de Dios, que se valió como otras veces de las manos de sus mayores enemigos para castigar los delitos de su pueblo. No habia, dicen, en España, quien hiciese obra buena; no habia religion ni caridad; no se conocia honestidad ni decencia; el rey entregado á todo des-

(1) Tom. II, pag. 384.



orden; la injusticia sentada en los tribunales; las tropas enflaquecidas en el vicio; los obispos engolfados en la lujuria; los sacerdotes casados con escándalo; las puertas de los templos cerradas; los Sacramentos olvidados; los concilios prohibidos; los sagrados cánones en desuso; la honestidad objeto de irrisión; las virtudes tenidas en desprecio; los buenos atropellados; la fé calificada de hipocresía. Aún mas se ensangrientan algunos contra la memoria de Witiza. Cuentan que hizo confirmar en un concilio nacional sus leyes escandalosas acerca de la poligamia y concubinato, y que habiéndole corregido el Papa Constantino, y aun amenazado que le privaría del reino, no solo le negó la obediencia, sino que mandó á todos sus súbditos con pena de muerte que se la negasen y estuviesen dispuestos á tomar las armas, si fuese menester, contra la Cabeza de la Iglesia. Añaden todavía, que para poder gobernar tiránicamente sin peligro de que los pueblos se levantasen, hizo derretir ó quemar todas las armas, derribar todas las fortalezas y castillos, y echar por tierra las murallas de casi todas las ciudades, aunque otros hay que atribuyen este último cargo, no á Witiza, sino á don Rodrigo. Pero es preciso tener en cuenta quiénes son los que pintan con tan negros colores el reinado de Witiza y en qué tiempo escribieron. Los autores mas antiguos que han insinuado algo son dos extranjeros, San Bonifacio, obispo de Maguncia, que escribía á mitad del siglo VIII, y el monje que compuso la Crónica Moissiacense, escritor, segun parece, del siglo IX. El primero, escribiendo al rey de Inglaterra y reprendiéndole por su vida lujuriosa, le hace cargo que los pueblos seguirian fácilmente su mal ejemplo y podrian merecerse el castigo de Dios, como habia sucedido en España, Provenza y Borgoña, donde habian entrado los sarracenos: proposición general que pudo decir el Santo, por solo celo y por la piadosa costumbre que tienen los buenos de atribuir á castigo del Dios todas las desgracias que nos suceden. El monje francés de Moissac estrechó la proposición general aplicándola á solos los españoles, reduciéndola al reinado de Witiza, y añadiendo que este rey con su in-

da escandalosa dió mal ejemplo á los eclesiásticos. De estos pequeños principios nació el ruidoso proceso comenzado por Sebastian de Salamanca á fines del siglo IX, casi doscientos años despues del reinado de dicho príncipe, aumentado por el monje de Silos, que compuso su historia á principios del siglo XII, unos cuatrocientos años despues de los tiempos de que habla, y amplificado con nuevas y extrañas adiciones por innumerables escritores modernos hasta nuestros dias. ¿Es posible que de un hecho tan notable y tan universal en toda España, no haya dicho ningun historiador ni una sola palabra en dos siglos, y en cuatro? ¿Es posible que nuestros escritores, antiguos, el continuador del Biclarense, Isidoro de Beja, el monje de Albelda y tantos otros, tratando, quién de paso, y quién de propósito, de la ruina del imperio godo, no culpen á tan malvado autor de tan horrenda tragedia? Pero esto aún seria poco. El continuador del Biclarense, que acabó de escribir solos quince años despues de la muerte de Witiza, é Isidoro de Beja, que vió tambien con sus ojos la serie de nuestras desgracias, autores uno y otro que no podian gobernarse por espíritu de adulacion, cuando ya no vivian los reyes de que hablan, hacen tantos elogios de Witiza, que son capaces ellos solos de desmentir las calumnias de los demas escritores menos antiguos. *Este rey, dice el primero, entró á gobernar despues de la muerte de su padre con la mayor tranquilidad, y fué amado de todo el pueblo. Este príncipe, dice Isidoro, aunque subió al trono con arrogancia, gobernó con la mayor clemencia en todos los quince años de su reinado; no solo levantó el destierro á los que su padre injustamente habia arrojado y oprimido, sino que los abrazó como hijos, los reintegró en sus antiguos honores, les devolvió los bienes confiscados, é hizo quemar en lugar público los instrumentos que el fisco habia mandado hacer contra ellos con mala fé. Esto hizo viviendo todavía su padre. Despues de su muerte continuó Witiza reinando con la mayor prosperidad y con gozo sobrado grande de toda España, que rebotaba de contento... En su tiempo, el obispo de Toledo llamado Félix, prelado gravísimo*

y prudentísimo, celebró en la corte excelentes concilios...; y despues de Félix floreció por virtud y milagros en la misma Silla de Toledo el santo obispo Gunderico. ¿Cómo pueden componerse con esta relacion tan antigua y autorizada las cualidades que atribuyen á Witiza los escritores modernos; y los escándalos que cuentan de los obispos, del clero y de toda la nacion?

Otro rumbo han tomado otros historiadores, atribuyendo la ruina de España á los amores del rey D. Rodrigo con la hija del conde Julian, y á la vana curiosidad que tuvo de abrir cierta arca misteriosa. Habia, dicen, en Toledo un palacio antiguo cerrado despues de muchos años, por tradicion pasada de padres á hijos, de que no convenia abrirlo. D. Rodrigo, pensando hallar allí algun tesoro, hizo romper los cerrojos contra la voluntad de todo el pueblo, y levantando la tapa de una arca que dentro habia, no halló otra cosa sino un lienzo en que estaban pintados unos guerreros con el traje y armadura propia de los árabes, y con un letrado en latín, que amenazaba á los que abriesen el arca, con que en pena de su atrevimiento, vendrian luego á apoderarse de toda España los guerreros que allí estaban pintados. Se apesadumbró vivamente el rey don Rodrigo por tan funesta noticia; pero no por esto, prosiguen, dejó sus diversiones y liviandades, antes bien corriendo desenfrenadamente, y como caballo desbocado de un vicio en otro, forzó una dama de la corte, llamada Caba ó Florinda, hija de un cierto don Ilan ó don Julian, que era conde de Algeciras, y velaba desde allí sobre toda el Africa, donde tenia, dicen, el rey de España veinte y dos obispados, y una infinidad de príncipes tributarios, así cristianos como gentiles y moros. El conde, resentido de la afrenta, é instigado por cartas de la misma Caba, trató con Muza, virey de Africa, para abrirle las puertas de España y facilitarle alevosamente su conquista. Todos los historiadores modernos, españoles y extranjeros, el monje de Silos, San Pedro Pascual (1),

(1) Este Santo, por equivocacion, atribuyó á Witiza los amores con la Caba, que los demas modernos atribuyen á don Rodrigo. (Nota de Masdeu.)

Rodrigo Gimenez, Lucas de Tuy, el autor de la crónica general, Morales, Blancas, Zurita, Mariana, Ferreras, Orleans, Vayrac, Marca, Daniel, Favino, Scheopflin, Sitailo, y otros infinitos de todas las naciones, convienen sustancialmente en esta narracion, que salvo el respeto debido á tantos sábios, miramos como infundada y hasta como inverosímil. Para esto se apoya Masdeu en sola la reflexion de que de todos estos escritores, el monje de Silos es el primero y mas antiguo que levantó bandera contra don Rodrigo, despues de haber pasado cuatro siglos enteros, sin que nadie hubiese dicho una palabra de la escandalosa aventura que se atribuye á este príncipe, ni de los demas vicios y desórdenes con que se mancilla su memoria. Y así cree que este largo silencio prueba mucho contra un suceso que no pudo menos de ser ruidoso. Tratando pues de investigar las verdaderas causas de la irrupcion sarracénica, prosigue diciendo: «Sin ir á buscar razones fabulosas y vanas de la pérdida de España, las tenemos verdaderas y muy verosímiles en nuestros historiadores antiguos, únicos fiadores autorizados de los acontecimientos de aquellos tiempos. La ambicion de reinar, enfermedad de todas las naciones y de todos los siglos, se apoderó muy en particular de la gente goda, cuyos príncipes por este motivo estuvieron muchas veces sujetos á muertes muy desgraciadas, como se ve en nuestras historias. Esta pasion, que produce los efectos mas lastimosos, encendió el corazón de don Rodrigo tan vivamente, que á fuerza de intrigas y de amaños logró hacerse un partido de gentes muy numerosas que, en vida del legítimo soberano, le reconocieron por rey. El primer efecto de tan grande novedad debia ser una guerra civil entre las dos facciones, que es la que indicó sin duda Isidoro de Beja, cuando insinuó las matanzas de los émulos, y los furiosos combates intestinos. A los árabes, que ya tenian puestas las miras sobre España, y alguna otra vez habian tentado la suerte, no podia presentarse mejor ocasion y mucho mas si los parientes ó partidarios de Witiza los llamaron en su ayuda, convidándolos con ofertas y promesas: aunque esta circunstancia no debe tenerse por cier-



ta, porque siendo sobrado notable y muy digna de ser referida, no se halla sin embargo, espresada en nuestras historias hasta la edad de Sebastian de Salamanca, y del monge de Albelda, que llegaron á los últimos años del siglo IX; pues el autor de la cronología Moissiacense de los reyes godos, que refiere lo mismo, es extranjero y de época incierta. Mucho mas todavía debe dudarse de lo que aseguran nuestros historiadores modernos, que viviendo entonces dos hijos del rey Chindasvinto (otros dicen de Recesvinto), el uno llamado Teodofredo, padre del rey don Rodrigo, el otra Favila, padre del rey don Pelayo, Witiza, para que no le hiciesen mala obra, sacó los ojos al primero y dió la muerte al segundo con un baston, y desterró tambien á Pelayo de la ciudad de Toledo: maldades, añaden, de que luego pagó la pena, pues él por orden de don Rodrigo fué cegado como Theodoro y sus hijos Sisebuto y Ebas, que otros llaman Expulion y Farmario, desterrados como Pelayo.... Lo cierto es que la España estaba revuelta, y dividida la nacion entre dos reyes, uno contrario al otro, y que los árabes, acostumbrados á conquistas, viendo tan bella oportunidad, quisieron disfrutarla, porque consideraron que una de las dos facciones les seria favorable para poder dar contra la otra, y que vencida esta, mas fácilmente podrian revolverse contra la primera y apoderarse de todo el reino.

Como quiera que sea caer derrumbada en un solo dia una monarquía de tres siglos, verse de repente invadido un gran pueblo, vencido, subyugado por estrañas gentes, que hablaban otra lengua, que traían otra religion, que vestían otro traje; venir unos hombres desconocidos, de improviso y sin anunciarse, casi sin preparacion, apoderarse de un antiguo imperio, pelear un dia para dominar ocho siglos, desaparecer como por encanto todo lo que existia y sorprender la muerte á una nacion casi tan de repente como puede sorprender á un individuo, es ciertamente un suceso prodijioso, dice el señor Lafuente (1), de los que rarísima vez acontecen en el tras-

(1) Lafuente, *Hist. de España*, t. 2, p. 1, l. 4.

curso de los siglos. Si ardía la nacion en discordias, hervían las ambiciones, y las maquinaciones y conjuras traían revuelto el reino é inquieto y desasosegado al rey; si ayudaba al desconcierto del Estado la inmoralidad que en los últimos reinados habia cundido; si no era ciertamente el nuevo monarca (Rodrigo) el que la curaba con su prudencia ni la corregía con su ejemplo; si se habian depravado y corrompido en los últimos reinados las costumbres del pueblo hispano; si en fin, el lujo, la sensualidad y los desarreglos de Witiza, su ejemplo y sus leyes, habian contribuido mucho á que corriera desbocado el pueblo hácia la desmoralizacion, y lejos de detenerle en tan funesta carrera Rodrigo, empujábales mas con sus imprudencias, sus liviandades y sus desórdenes, vicios con que oscureció otras prendas que á la naturaleza debia, tales como su liberalidad, su firmeza, resolucion y osadía de ánimo; si todo esto pasaba, ni es mucho que los godos fueran enervándose, ni es de estrañar se atribuyera la irrupcion á un gran castigo del cielo por los que creyendo en la Providencia ven la mano de Dios en los sucesos favorables ó adversos que acaecen, ni hay en fin á que sacar á cuento, como hace el ilustrado historiador que acabamos de citar y cuyas palabras hemos trascrito, «el espíritu propio del hábito que vestia» el P. Mariana, jesuita, al censurarle por haber recargado el cuadro de los desórdenes de Witiza. Un pueblo así viciado, estragado y dividido, se comprende muy bien cuán poco podria resistir al empuje de otro pueblo entonces vigoroso y fuerte, al verse invadidos á su vez los que en otro tiempo habian sido invasores. Los parciales de la familia de Witiza y los descontentos de Rodrigo contaban con el apoyo y proteccion del conde Julian, gobernador de Ceuta, plaza litoral de la Mauritania que desde el reinado de Sisebuto (así lo creen algunos) pertenecia á España. Mirábase al conde Julian como resentido contra el rey Rodrigo, y es tanto mas de presumir cuanto que los historiadores refieren algunos encuentros que tuvo el conde con los moros en que procuró defender contra ellos los dominios españoles, y no es de creer que sin algun resentimien-

to fuera luego á secundar y aun escitar la codicia de esos mismos árabes contra quienes con tanta preza habia peleado. Cuál fuese el motivo ó pretexto de ese resentimiento es lo que disputan los autores. Cuentan las crónicas, que entre las damas que en su corte tenia el rey Rodrigo, habia una hija de ese conde Julian, que se señalaba por su singular belleza y se llamaba Florinda, á la que se ha dado el nombre de la Cava, palabra árabe que significa muger de mala vida; nombre que por cierto no cuadra bien con la virtud de que se supone dotada á Florinda y que se manifestó en la resistencia que opuso á los lascivos deseos del rey. Habia tenido la desgracia de parecer bien á este, el cual, dicen, en ocasion en que Florinda se bañaba ó salía del baño con varias amigas y compañeras suyas, fijó en ella su vista y se detuvo en dar pábulo á los lúbricos deseos que su pasion le inspiraba. Desde entonces la perseguía sin cesar para que cediese á sus sollicitaciones; pero manteniéndose ella firme y viendo Rodrigo que por el camino de la seducción, de los ruegos y de las persuasiones no le era posible vencer la virtud de Florinda, ejecutó por la fuerza lo que por la voluntad no habia podido recabar. Ofendida la jóven, disimuló su enojo hasta que halló ocasion de informar á su padre de la deshonra que el rey la habia hecho, escribiéndole una carta que al menos en la sustancia transcribe Mariana. Encendido por esto en cólera el conde Julian, juró vengar la afrenta de su hija y lavarla con la sangre del malvado forzador.

Tal es, al decir de nuestros antiguos cronistas é historiadores desde el monge de Silos y el arzobispo don Rodrigo hasta Mariana y Ferreras, el tristemente famoso suceso que dió ocasion al conde Julian y á los parientes de Witiza sus amigos para llamar á los árabes y moros de Africa y traerlos á España. Por el contrario, los críticos modernos deshechan la anécdota por apócrifa y fabulosa, segun ya hemos visto hace Masdeu. «Conocemos, dice acerca de esto el señor Lafuente, los fundamentos y razones en que estos últimos apoyan su juicio y creemos haber visto todo lo que se ha escrito, que es mucho, en pró y en contra de la

autenticidad de este acaecimiento ruidoso. Es ciertamente notable que ni Isidoro Pascense, único escritor contemporáneo, y el que mejor informado debió hallarse del suceso que se supone, ni otros posteriores cronistas españoles dijera una sola palabra de aquellos amores funestos, y que no se hallen mencionados hasta el monge de Silos, que escribió cuatro siglos despues de aquella época, el cual parece lo tomó á su vez del árabe Ben-Aleuthya, autor de escaso crédito entre los suyos, muy posterior tambien á los sucesos, y á quien adicioó su discípulo Abulcachim Tarif Abentarique, conocido por lo fabulista, si es que no inventó su historia el español Miguel de Luna, que nos la dió por traduccion. Los autores árabes de Condé tampoco hablan de los amores de Rodrigo con la Cava, y Al Makari, traducido al inglés por Gayangos bajo el titulo de *History of the Mohammedan dynasties*, los niega como fabulosos (lib. 4, c. 1). Graves son en verdad estas razones en contra de una de las mas popularizadas tradiciones españolas. Mas no negarán tampoco los mas duros impugnadores de la tradicion que, si la historia no la ha hecho evidente, la razon por lo menos la hace verosímil, y que lejos de repugnar al buen sentido como muchas que se mezclan en las historias de todos los pueblos, el hecho no habria estado en disonancia con la conducta y costumbres que la generalidad de los historiadores atribuye á Rodrigo.

Mas sea ó no cierta esta anécdota, conviniéndose generalmente en la traicion del conde Julian (si bien la niega el autor de los *Preliminares cronológicos para ilustrar la Historia de la España árabe*), en los esfuerzos de los deudos y amigos de Witiza para resistir al rey Rodrigo, y la escision, partidos é inmoralidad que por desgracia cundian á la sazón en nuestra España, no es mucho que intentaran aprovecharse de todo esto los peligrosos vecinos que tenia y que entonces estaban pujantes y aquejados de sed de conquista; no es mucho que los sectarios de Mahoma que desde el Africa á donde habian ya llegado en sus conquistas estaban viendo las costas de España, creyeran ser entonces la mejor coyuntura de realizar uno de sus mas dorados proyectos.